

## DON ISAAC J. BARRERA, NUESTRO COTERRANEO

Victor Alejandro Jaramillo Pérez

Cuando se escribe sobre personajes o se relatan hechos históricos debe prevalecer la más rigurosa verdad. En estas materias no puede concederse ningún derecho a la fantasía, que discurre en forma liviana tejiendo suposiciones infundadas, de donde derivan imágenes falsas sobre el tema o motivo de la composición.

En la vida de los grandes hombres, igual que en el común de los mortales, hay luces y sombras. Los biógrafos preparados para la comprensión inteligente de los personajes y de las circunstancias en que vivieron, reparan en las cualidades y virtudes, y señalan, asimismo, debilidades y flaquezas, entregando imágenes enteras y vivas a la consideración de los lectores.

Aquí viene del caso recordar que en la escala de valores de selección, hay personalidades relevantes, indiscutibles, a quienes se reconoce y admira universalmente por la suma de cualidades o servicios de orden superior que los ennoblece y distingue. A este tipo de valores humanos que han llevado una vida ajustada a los mejores ideales no les alcanza ninguna impugnación valedera, ninguna desfiguración absurda. Y así, en cambio, han sido objeto del elogio justo, de la apología sensata.

Don Isaac J. Barrera está en este número. Los más altos valores ecuatorianos de este siglo han demostrado respeto al hombre y admiración al escritor. han estudiado detenidamente la sicología de su espíritu, sus cualidades distintivas: austeridad, entereza, ponderación, serenidad, tolerancia; la rectitud de su carácter severo, que se dulcifica en el hogar y al calor de la amistad y se expande en la vida académica, junto a otras eminencias de la cultura.

El lector asiduo ha merecido, igualmente, el mejor aprecio

de la opinión pública porque dio a su vida una proyección de lecciones y enseñanzas de tan vasto alcance que pocas eminencias ecuatorianas pueden equipararse a él.

El historiador de ejemplar laboriosidad extrajo de las penumbras del pasado centenares de documentos de innegable valor para la historia nacional; los clasificó, cotejó y comentó magistralmente, saliendo airoso en sus empeños.

Como buen discípulo de González Suárez, desde el momento en que se incorporó, por el año de 1915, a la Sociedad de Estudios Históricos Americanos, fundada por el sabio historiador, tuvo por norma ceñirse estrictamente a la verdad, como lo señala con su característica lucidez otro de los beneméritos miembros de la entidad, D. Carlos Manuel Larrea, al puntualizar el ideario de la docta institución: "el afán de cultivar las arduas pero inmensamente atractivas disciplinas de las ciencias históricas, con el propósito de consagrarnos a la ciencia investigadora del pasado, cuya meta es alcanzar la verdad, adquirir el concepto justo de los hombres y de los hechos que han contribuído al desenvolvimiento de la vida de la patria".

El que después sería una de las máximas autoridades de las letras nacionales y un valor en el ámbito del idioma, al agregarse a la eximia institución tuvo por compañeros a unos pocos jóvenes que acreditaban lucido talento, juicio sensato y certera y afinada comprensión de la vida nacional a través del tiempo. Registramos esos nombres por la puntual referencia que nos da el actual meritísimo Presidente de la Academia Nacional de Historia, Dr. Jorge Salvador Lara: "Dr. Luis Felipe Borja, Alfredo Flores y Caamaño, Cristóbal de Gangotena y Jijón, Jacinto Jijón y Caamaño, Carlos Manuel Larrea y Aníbal Viteri Lafronte. A ellos se añadieron enseguida Juan León Mera Iturralde, José Gabriel Navarro, Celiano Monge e Isaac J. Barrera, Y poco después, Homero Viteri Lafronte y Julio Tobar Donoso".

Todos ellos exponentes de la inteligencia, algunos, ingenios privilegiados. Compartiendo con esta pléyade las inquietudes de la investigación histórica, Barrera destacaría sus condiciones sobresalientes: su recia voluntad sumisa sólo al cumplimiento del deber y su devorante inquietud espiritual de los libros, en cuya compañía demoraba largas horas del día y de la noche. En tan noble institución, gracias a estos atributos, la personalidad del polígrafo otavaleño destaca nítida.

Cuando la Academia Ecuatoriana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, recibe a Barrera en su seno, su obra literaria se revelaba ya admirable. Adolescente aún, mientras vivió en Otavalo, distraía su tiempo en el suave comercio de las Musas. Establecido en Quito, por el primer decenio de este siglo, colabora en "El Comercio" con una serie de artículos que certifican la presencia de un escritor de formación humanista, educado en el Colegio "San Gabriel". El estilo correcto y aún elegante de sus producciones periodísticas se afirma en la primera obra que viene de su pluma, el ensayo histórico-biográfico sobre Rocafuerte. Arranca este estudio con una severa autocrítica, orientada a negar su verdadero valor: "Antes que estudio —dice Barrera— debemos llamar ensayo a las páginas que se siguen, ensayo que mucho nos deja que desear a nosotros. "Barrera tenía condiciones para seguir escribiendo en prosa artística, pero a medida que maduraba su personalidad, se dilataban sus conocimientos y sus producciones era acogidas con agrado por los eruditos, no sólo por constituir una irradiación de ideas, meditadas juiciosamente, sino porque su estilo se volvía impecablemente terso. A esta parsimonia en el manejo del idioma de quien no quiere componer flores literarias ni lucir modelos de estilo, uno de sus admiradores más elevados, Gonzalo Zaldumbide, al querer identificar con algún color el estilo tan propio de Barrera, "le atribuiríamos —dice— el gris uniforme que realza con su fondo neutro las figuras o cuadros de museo literario que él ha escogido para hablarlos de ellos, no de él".

Esta personalidad de egregias calidades intelectuales se entrega también a la actividad periodística, con tesón y constancia admirables, a lo largo de seis décadas, formando parte del cuerpo de redactores de "El Comercio". En dicho matutino la primera columna fue de él durante mucho tiempo. En el diálogo cotidiano que establece con la nación con mesura y precisión, sin haber salido jamás del límite de moralidad característico de la prensa seria, se dedica a ilustrar y orientar a las masas populares sobre problemas universales, nacionales o locales. La medida del nivel moral y la solvencia intelectual de dicho diario capitalino, por los primeros decenios de este siglo, dieron plumas como las de Barrera, Julio E. Moreno, Alejandro Andrade Coello, Alberto Gómez Jaramillo, Celiano Monge, Nicolás Jiménez, Manuel María Sánchez, N. Clemente Ponce y otros. Augusto Arias, una de las señeras figuras de las letras nacionales, refiriéndose a las de D. Isaac J. Barrera, apunta que en ellas se concertaban "sin ningún deterioro —como años atrás en Montalvo— el castellano decir, la frase de casta, con el aire de gracia de esas

otras costas en las que ondearon también las velas de las naos latinas”.

Alrededor de las personalidades que van citadas, años después, y en todo caso trabajando junto a D. Isaac y a otros escritores tan instruidos como ecuanímenes y llenos de generosos ideales, aparecieron también menguados columnistas politiqueros y cronistas y corresponsales de bárbara truculencia, que muchas veces se apartaron de la pauta trazada y mantenida por el diario desde su iniciación, cuyo recuento lo hizo diez años después de que viera la luz el primer número, en estos términos: “Se fundó “El Comercio” para llenar de alguna manera el vacío que se notaba en toda una Capital, como Quito, con la falta de un periódico que, sin despreocuparse de la política interna, pero también para tratarla con el ardimiento propio de los partidos políticos de nuestra República, labore por la estabilidad de las instituciones democráticas, sea el defensor de las libertades públicas; de la verdad, de la justicia, del derecho; fiel intérprete de las insaciables aspiraciones de progreso del alma del pueblo ecuatoriano”. Los verdaderos periodistas de “El Comercio” jamás se apartaron de tan noble ideario. Demás está decir que Barrera fue uno de ellos.

Al polígrafo otavaleño se le ha juzgado desde diferentes ángulos de vista; aspectos diversos de su personalidad han pasado a través de la crítica de los más destacados escritores del país, y de muchos foráneos. Uno de nuestros eximios valores literarios, el P. Miguel Sánchez Astudillo, S. J., expresó una verdad de peso al rendir homenaje al escritor que en el año 1964 cumplía ochenta años de edad, al reconocer que “una de las cosas que más impresionan en D. Isaac Barrera es la fusión de sus atributos literarios con sus virtudes humanas. . .” Este intelectual nuestro no sólo era hombre capaz de hacer lo imposible en el campo de su específica actividad, como lo demostró al escribir la “Historia de la Literatura Ecuatoriana”, cortada en 1955, mientras atendía a sus lecciones de cátedra en el Colegio “Mejía” y en la Universidad Central, participaba de las sesiones y más trabajos de las Academias de la Lengua y de la Historia, y dirigía el Boletín de esta institución; publicaba decenas de ensayos históricos, escribía la información cultural de “El Comercio”, y desempeñaba tal o cual función pública a pesar del retraimiento que demostró para este tipo de servicio; sino también fue persona de nobles y delicados sentimientos, muy lleno de afectos no sólo para su familia sino para su hermosa tierra nativa, fresca y hospitalaria, hecha para recibir el beso de la luz y el halago de la admiración que despierta en quienes la contemplan. En el mantenimiento de la correspon-

dencia con los intelectuales y sus amigos otavaleños, se demostraba como un digno sucesor de las personalidades que han honrado a Otavalo en alto grado e igualmente de las que han seguido, en el desfilar de las generaciones, preocupadas unas y otras por hacer de ella una ciudad artística, un ateneo de actividades científicas y literarias y un emporio industrial.

Algunos escritores y artistas otavaleños recibieron de quien seguía sus pasos y desde la discreta prudencia literaria, propia de su temperamento, palabras de estímulo e inclusive de exaltación. Esta actitud contraída a establecer en firme la calidad saliente de escritores consagrados en la provincia y el país, no alcanzó a todos los de verdadera valía, no obstante acreditar un indiscutible estilo literario y aún delicada y armoniosa sensibilidad poética.

Otavalo se ha apenado por el desgajamiento de sus hijos. Lamentablemente muchos de los mejores ataviados desde el punto de vista cultural se han retirado para tomar asiento en otras latitudes, donde han alcanzado notoria preeminencia, manteniendo, esto sí, veneración por su terruño nativo, al cual han gustado y gustan de volver con la mayor frecuencia. Don Isaac J. Barrera, constreñido por sus múltiples actividades, muy pocas veces visitó a Otavalo desde su salida en el año 1907. En cambio nunca dejó de mirar a su tierra de alto a bajo, precisamente por haber sacado de este medio sus fulgores más egregios, talento para destacar en el ejercicio de las letras y voluntad para domeñar las dificultades inherentes a toda preparación sesuda y responsable.

Yo tengo algunas cartas del académico escritas con noble llaneza. Me escribía con motivo de mis publicaciones. Ninguna le fue indiferente, pues me avisaba recibo. De algunas dio noticias en la prensa, estimulándome sin dispendio en el comentario. Las revistas y periódicos otavaleños los leía de principio a fin, doliéndose de los avatares de la ciudad querida y gozando con sus éxitos y progresos. Cuando se consiguió la fundación del Colegio Nacional "Otavalo", el primero de Humanidades Modernas que tuvieran las cabeceras cantonales del país, celebró el suceso y publicó en "El Comercio" un editorial intitulado "Otavalo da el ejemplo".

En la fundación del Colegio que en este mes cumple cuarenta años de vida, tuvieron participación, juntamente conmigo, otavale-

ños distinguidos. Los primeros pasos del plantel, sus adelantos, la entrega al país de las primeras promociones de graduados en sus aulas, le colmaron de satisfacción a quien surgiera a la vida académica gracias, precisamente, a los estudios de bachillerato que hubo de realizarlos en un gran colegio de Quito porque entonces Otavalo no contaba con un intituto secundario.

Otavalo cultiva el respecto y amor a sus grandes hombres quienes levantan su pretigio y lo enorgullecen. En nuestro medio se admira la formidable erudición de D. Isaac J. Barrera, testimoniada en la abundante y preciosa bibliografía que dejara para la posteridad. En estilo didáctico y académico por lo castizo el gran polígrafo escribió decenas de obras que enriquecen en dimensiones sorprendentes el caudal histórico y literario de la nación. Este sólo hecho ennoblece una vida entregada de lleno a la disciplina fecunda del estudio y a su proyección inmediata, la enseñanza. Aparte de esta consideración, se admira el temperamento tranquilo y ordenado del maestro; su infatigable labor periodística tendiente a buscar la comprensión y solidaridad entre los ecuatorianos; no ha pasado inadvertida su participación en Congresos internacionales de la Lengua e Historia, y con todo ello; según Zaldumbide que tanto conoció a su compañero de letras, y lo admiró, nos hace saber que Barrera tenía una marcada tendencia a cotizarse menos de lo que valía. Esta virtud debe ser resaltada porque es típica de los verdaderos valores, como se aprecia en Juan León Mera, Honorato Vásquez, en el Padre Aurelio Espinosa Pólit, en Carlos Manuel Larrea, en Julio Tobar Donoso, para citar a unas pocas personalidades relevantes.

La función pública le llamó varias veces a Don Isaac a su seno; aceptó muy pocos cargos, en posiciones destacadas, venciendo innatos recelos, no obstante que tomó la vida en función de servicios, según el P. Miguel Sánchez Astudillo, mira que lo condujo a ejercitar su talento en más aquilatadas entregas.

Sin desdeñar la política, a la que no pagó tributo en forma activa y militante, y por lo mismo sin caer en las alternativas tan suyas de ilusión y desengaño, de triunfo y de adversidad, mantuvo frente a ella una posición ática, de severa virtud cívica. Su amor a la patria se reflejó mil veces en la índole de sus escritos, ya académicos, ya de estilo llano, dirigidos al mayor número de lectores. En el debate de los intereses públicos su posición fue invariablemente decorosa, y por ello

mientras ganaba admiradores en todos los círculos, no dejó también de concitar la enemistad de políticos que habrían querido incorporarle al grupo de sus panegiristas.

Sobre Don Isaac J. Barrera han emitido juicios los más brillantes escritores del país, así cuando celebró el octogésimo aniversario de su nacimiento como a raíz de su muerte. Tales artífices de la pluma han sondeado las profundidades del alma del gran erudito y han hecho resaltar el inmenso caudal de su sabiduría, constituyendo todo ello una honra inmarcesible para la ciudad de su nacimiento.

Ciertamente, en lo fundamental, nada puede agregarse a lo dicho, compitiéndonos a nosotros, sus paisanos, al celebrar comunitariamente el primer centenario de su nacimiento, recoger amorosamente los homenajes que se le tributan y conservarlos como el blasón más preclaro que bien merece la ilustre ciudad de San Luis de Otavalo.